

## ARTICULOS

### Discurso teológico de Juan Pablo II en Centroamérica

Susana Jiménez

#### RESUMEN

*En las siguientes páginas se recoge el discurso teológico de Juan Pablo II durante su visita a Centroamérica y el Caribe. La autora pretende mostrar qué dijo el Papa desde la perspectiva teológica, tomando todos los discursos como una unidad, tal como lo deseó el mismo Papa, quien quiso hacer de este magisterio un ejercicio de unidad. Así, teológicamente, los temas tratados se agrupan de la forma siguiente: el pecado de injusticia estructural, el sí de Dios a la vida, el testimonio de Cristo crucificado, la reconciliación, la Iglesia, María, los obispos y los sacerdotes, religiosos y laicos. El artículo no tiene más pretensión que exponer de un modo coherente las ideas teológicas de Juan Pablo II.*

La visita de Juan Pablo II a Centroamérica despertó profundos sentimientos religiosos en el pueblo, algunos quizás dormidos desde infancias ya lejanas. La presencia del Papa revivió con fuerza el poder del símbolo y de la función del vicario de Jesucristo que venía por vez primera a Centroamérica. Ahora, una vez pasada la fuerte emoción del momento inolvidable y silenciados los medios de comunicación social que tan hábilmente manipularon el paso del Papa por el área, presentándolo como un ser ajeno a la conflictiva realidad, corresponde una mirada más serena y reflexiva sobre su discurso teológico. En efecto, el Papa vino a predicar y confirmar la fe de los centroamericanos y a procurar su encarnación eficaz en su realidad existencial (**Anuncio del viaje.**). El propósito de estas páginas es desentrañar el discurso teológico de Juan Pablo II a su

paso por Centroamérica, atendiendo al carácter pastoral de su visita, derivado de la misión de la Iglesia y de su ministerio como sucesor de Pedro.

Según palabras del mismo Juan Pablo II, fue la realidad centroamericana la que le impulsó a salir de Roma para estar más cerca del "sufrimiento intenso" de los pueblos centroamericanos. Una realidad caracterizada por la guerra, el odio, la injusticia secular, los enfrentamientos ideológicos y el flagelo de la división (ib.). No vino únicamente a contemplar esta triste realidad (ni a dejarse contemplar en falsos arrebatos místicos como pretenden algunos sectores interesados), sino a favorecer el cambio eficaz para abrir el futuro a la esperanza (ib.). En definitiva, Juan Pablo II vino a solidarizarse con el sufrimiento del pueblo centroamericano, a denunciar

sus causas y a exigir, en nombre de Dios, la conversión —“el cambio de la actitud interior”— para acabar con la actual situación, inaceptable para la Iglesia. “Es el dolor de los pueblos que vengo a compartir, a tratar de comprender más de cerca, para dejar una palabra de aliento y esperanza, fundada en un necesario cambio de actitudes”. (Saludo, Costa Rica). Esta es la primera clave de lectura para aproximarse al contenido teológico del mensaje del Papa, el cual tiene como temas principales la justicia, la paz y la unidad.

La segunda clave de lectura, muy importante para no perder la totalidad de su mensaje, es la unidad de todos los discursos, “esta visita apostólica tiene carácter unitario en su desarrollo global...” dijo apenas llegado a San José (ib.). En efecto, desde el primer momento, al arribar a San José, hasta su despedida de Guatemala, la realidad centroamericana estuvo presente como una unidad. En su enseñanza global Juan Pablo II vio un nuevo motivo de unidad en Cristo (*Alocución obispos*, 1, Costa Rica).

### 1. El pecado de Centroamérica: la violencia y la injusticia

Juan Pablo II destacó en sus intervenciones más importantes la violencia, evidente manifestación del pecado social de Centroamérica. Hasta Roma llegó el clamor de los pueblos centroamericanos, “ha resonado con acentos de urgencia en mi espíritu el clamor desgarrado que se eleva desde estas tierras”, dijo al llegar a San José (*Saludo*, 3, Costa Rica). Este clamor ha sido tan fuerte que se constituyó en una de las finalidades del viaje. Más aún, con su visita, el Papa ha querido dar voz, su voz de pastor universal, a ese “clamor dolorido” (ib.). En efecto, Juan Pablo II pretendió dar su voz a “las lágrimas o muerte del niño, del desconsuelo del anciano, de la madre que pierde a sus hijos, de la larga lista de huérfanos, de los tantos millares de prófugos, exiliados o desplazados en busca de hogar, del pobre sin esperanza ni trabajo” (ib.).

Al llegar a San Salvador insitió en que se sentía cercano y compartiendo con dolor tanto sufrimiento y es que “¿Cómo podría un padre y hermano en la fe permanecer insensible ante las penas de sus hijos?” (*Saludo*, El Salvador). El Salvador, continuó, “ha estado constantemente presente en mis oraciones, en mis insistentes llamados a la paz, de palabra y por escrito, buscando a la vez que no desfallezca la fe ni decaiga la esperanza...” (ib.).

En tono dramático repitió lo mismo a los obispos centroamericanos reunidos en San José, indicándoles con ello hacia dónde debía apuntar su ministerio episcopal. Ahí Juan Pablo II les recordó la abundancia de tensiones, los enfrentamientos que amenazaban en traducirse en graves conflictos y “el torrente desolador de la violencia en todas sus formas.” “¡Cuántas vidas segadas cruel e inútilmente! Pueblos que tienen derecho a la paz y a la justicia, se ven sacudidos por luchas inhumanas, por el odio, la venganza. Gentes honestas y laboriosas han perdido la tranquilidad y la seguridad” (*Alocución obispos*, 7, Costa Rica). De nuevo en El Salvador, mencionando por su nombre a todos los países del área, pero obviamente en una clara referencia al conflicto surgido en la frontera de Honduras y Nicaragua, el Papa pidió la paz, “que las fronteras no sean zonas de tensión, sino brazos abiertos de reconciliación” (*Homilía*, El Salvador).

En Guatemala, Juan Pablo II recordó que en Centroamérica se muere no sólo por causa de la guerra, sino “poco a poco”, “día a día” se hace morir al hermano, “cuando se le priva del acceso a los bienes que Dios ha creado para beneficios de todos, no sólo para provecho de unos pocos” (*Homilía*, 6, Guatemala). Aquí el Papa se refirió concretamente a los trabajadores del campo, a los indígenas y a los obreros víctimas también del pecado de injusticia social. A los campesinos les dijo que bien sabía de su precaria existencia, “condiciones de miseria para muchos de vosotros, con frecuencia inferiores a las exigencias básicas de la vida humana”; que conocía de la desigualdad del desarrollo económico y social, “la población campesina ha sido frecuentemente abandonada en un innoble nivel de vida y no rara vez tratada y explotada duramente” y que sabía de la toma de conciencia de esta inferioridad y de su impaciencia por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que merecían en una nueva sociedad más participativa (*Discurso campesinos*, 3, Panamá).

A los indígenas en Quezaltenango les dijo que conocía bien que estaban marginados, que sufrían injusticias, que tenían serias dificultades para defender sus tierras y sus derechos y que no se respetaban ni sus costumbres ni sus tradiciones (*Discurso indígenas*, 4, Guatemala); por esto, Juan Pablo II enfatizó sobremanera su felicidad al estar en medio de ellos, “porque tenía especialísimo interés en estar con vosotros, que sois los más necesitados” (ib., 1).

A los obreros les indicó que ninguno ignoraba que muchas de las condiciones actualmente predominantes eran injustas, que las estructuras económicas no servían al hombre, que su situación actual no los elevaba, que la industrialización existente creaba desempleo, "una lacra... porque humilla" al obrero (**Mensaje obreros**, 2, 4, 5, Honduras). En una clara referencia a la injusticia estructural y a las multinacionales denunció, "no es aceptable que el poderoso obtenga grandes ganancias, dejando al trabajador unas migajas. Ni es aceptable que el gobierno y empresarios, sean de dentro o de fuera del país, estipulen acuerdos entre sí mismos, beneficiosos para ambos, excluyendo la voz del trabajador..." (ib., 4). De la misma forma condenó severamente el analfabetismo y puso su supresión como base de cualquier programa de "elevación humana", lo cual sólo Nicaragua ha logrado satisfactoriamente en el área. En este discurso defendió de nuevo su tesis de la prioridad del trabajo sobre el capital, advirtió contra "la fuerte tentación" de dejar que las fuerzas del mercado determinaran el proceso productivo, reduciendo al trabajador a la inaceptable condición de objeto y proclamó que la primera e indispensable condición del trabajo es el salario justo, el cual va más allá de la mera remuneración por la realización de un trabajo específico y que constituye el patrón para medir la justicia de un sistema social (ib., 2, 3, 4).

Estos males sociales provienen, según la lectura teológica del Papa, del corazón dividido del hombre a causa del pecado de soberbia. El pecado hirió a la humanidad, desgarrando la unidad interior del hombre, este mundo "padece la contaminación del misterio de la iniquidad", dijo citando a *Gaudium et spes* 103 (**Homilía**, 2 El Salvador). Atormentado y dividido internamente el hombre se aleja de sus semejantes y entonces da paso a la división y a la muerte. Juan Pablo II condenó, en nombre de Dios, este pecado individual y social que genera la muerte de los hermanos, y al mismo tiempo, proclamó su simpatía y solidaridad con quienes sufrían sus consecuencias. "Podéis estar seguros", dijo a los trabajadores del campo, "de que **la Iglesia no os abandonará**. Vuestra dignidad humana y cristiana es **sagrada para ella y para el Papa**. Ella seguirá reclamando **la supresión de las injustas desigualdades**, de los abusos autoritarios. Seguirá apoyando y colaborando en las iniciativas y **programas orientados a vuestra promoción y desarrollo**" (**Discurso campesinos**, 7, Panamá).

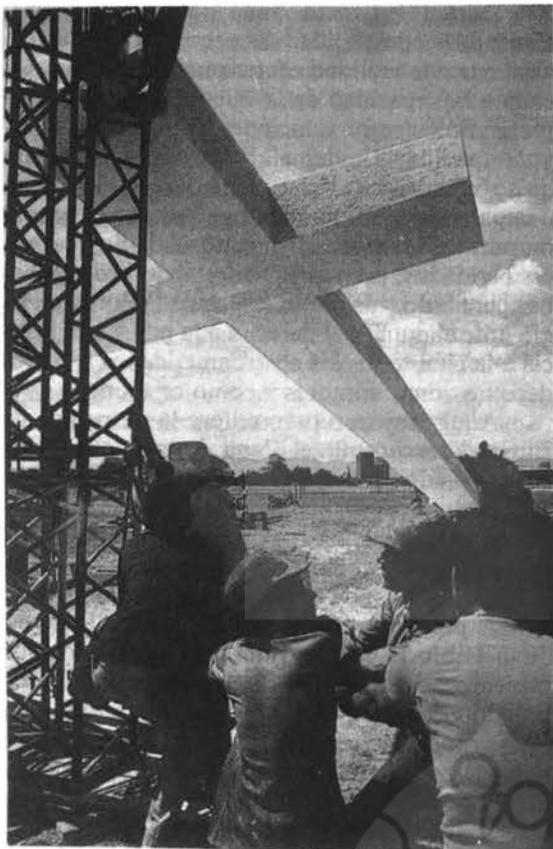
Durante su visita, Juan Pablo II fue consciente de la complejidad del pecado social que caracteriza a la realidad centroamericana, "que escapa a la capacidad de la Iglesia", y por eso no pretendió entregar soluciones técnicas hechas (ib. y **Despedida**, Guatemala), pero con su visita quiso estar cerca, "con respeto y cariño", con una palabra de solidaridad que "diera voz ante el mundo" de tantos sufrimientos callados y a veces olvidados, pero que él dijo, al despedirse, haber percibido "de modo tan claro." Por ello exigió ante el mundo el derecho a la paz y a la justicia a la cual todos los centroamericanos tenemos derecho como hombres y como cristianos.

Aquí de nuevo tuvo relieve la despedida de El Salvador porque el Papa destacó que había contemplado el "rostro dolorido" de este querido pueblo fiel, "he podido acercarme a tantos hijos que por diversas razones sufren y lloran" y deseó haber encendido "la esperanza cristiana en los corazones" (**Despedida**, El Salvador).

A juzgar por el contenido de los discursos, Juan Pablo II ha renovado con vigor la opción preferencial por los pobres, es decir, por los trabajadores del campo, los indígenas, los obreros y las víctimas de la guerra. Aunque el término no aparece con la frecuencia que hubiera gustado a algunos, el contenido de sus referencias al pecado social que constituye la realidad centroamericana muestra a un pastor inclinado, parcial, hacia quienes más sufren y padecen, hacia los pobres. De la misma forma, aunque tampoco está mencionado explícitamente, Juan Pablo II ha condenado a los responsables de la violencia institucionalizada y de la lenta muerte del pueblo, el imperialismo norteamericano que mientras el Papa visitaba Centroamérica planificaba cómo dar más armas al ejército salvadoreño y el capitalismo economicista, aliado incondicional de aquél. A ambos el Papa les exigió, en nombre de Dios, paz y justicia para los centroamericanos.

## 2. Dios afirma la vida incondicionalmente

Juan Pablo II denunció la violencia y la injusticia que azota a Centroamérica desde la fe que, como sucesor de Pedro, tiene el deber de confirmar en todos sus hermanos, "movido por el deber que siento de avivar la luz de la fe en pueblos que ya creen en Jesucristo", dijo al llegar a San José y con el propósito de que "esa fe ilumine e inspire cada vez más eficazmente su vida individual y comunitaria" (**Saludo**, 2, Costa Rica). Al igual que Mons. Romero, el Papa no



podía dejar de iluminar la realidad desde la fe para que ella, desde su propia especificidad, promueva de un modo eficaz la conversión y el cambio social. Por esto a Mons. Romero se le acusó de meterse en política, se le insultó y menospreció. Con el Papa no sucedió lo mismo, pero los sectores denunciados que controlan los medios de comunicación social han silenciado el contenido más importante de su mensaje. En ningún momento consideró Juan Pablo II ajeno a su misión de pastor y maestro el iluminar la realidad del pecado desde la fe y exigir un cambio (conversión) radical y urgente, reclamando paz y justicia; al contrario, ello fue parte esencial de su misión pastoral. Estos mensajes, además, los entregó dentro de las Eucaristías y celebraciones de la Palabra que presidió.

El Evangelio, según Juan Pablo II, se constituye en defensa del hombre, pero no del hombre en general, sino "sobre todo de los más pobres y desvalidos, de quienes carecen de bienes de esta tierra y son marginados o no tenidos en

cuenta" (**Alocución obispos, 7, Costa Rica**). En Quezaltenango, pidió ante todo salvaguardar el carácter sagrado de la vida de los indígenas, "que nadie, por ningún motivo, desprecie vuestra existencia, pues Dios nos prohíbe matar y nos manda amarnos como hermanos" (**Discurso indígenas, 4, Guatemala**).

A los obispos les indicó la necesidad y urgencia de proclamar con valentía un Evangelio que es buena nueva para quienes "sufren intensamente y desde hace largo tiempo", porque deben incluir todas las implicaciones sociales propias de la condición de cristianos. Desde su propia identidad cristiana, tanto los obispos, el clero, los religiosos, como los laicos deben denunciar el pecado de la sociedad y anunciar la buena noticia de justicia y paz. Salvación en Cristo-Jesús y justicia social están intrínsecamente vinculadas, cualquier omisión significa mutilar el Evangelio. Así lo dijo el Papa a los obispos, "Sin olvidar nunca que su primera e indeclinable misión es la de predicar la salvación de Cristo. Pero sin ocultar a la vez situaciones que son incompatibles con una sincera profesión de fe, y tratando de suscitar aquellas actitudes de conversión eficaz a las que debe conducir esa misma fe" (**Alocución obispos, 7, Costa Rica**).

Asumiendo el No. 31 de la **Evangelii nuntiandi**, de Pablo VI, de quien dijo había hablado con "suma claridad" al respecto, Juan Pablo II ratificó que entre evangelización y promoción humana, desarrollo o liberación, existían "lazos muy fuertes". En primer lugar, desde un punto de vista antropológico, pues el hombre a quien había que evangelizar no era un ser abstracto, sino un ser sujeto a problemas sociales y económicos. En segundo lugar, desde la perspectiva teológica, porque "no se puede desviar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar". Desde un tercer punto de vista evangélico se encuentra en juego la caridad, "en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? No es posible aceptar que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad" (**Homilía, 6, Guatemala**).

En este sentido, el Papa cree que no hay necesidad de recurrir a "las ideologías", ni proponer soluciones violentas ajenas ambas al Evangelio, pues el cristiano tiene como punto de partida su compromiso en favor del hombre y su dignidad desde el Evangelio. La Iglesia, repitió en varias ocasiones, habla siempre partiendo de una visión cristiana del hombre y de su dignidad (Ver **Alocución obispos**, 2, Costa Rica). Desde la fe se puede tomar de modo responsable "las riendas de la historia" para construir un mundo cristiano, "El Señor de la historia hace al hombre y a los pueblos protagonistas, sujetos de su propio futuro, respondiendo al llamado de Dios" (ib., 8). La fe mueve montañas, hace milagros, eleva a la bienaventuranza, es principio de salvación, alma y fundamento esencial del pueblo latinoamericano y aliento e impulso para la promoción humana (**Homilía**, 2, Guatemala).

En efecto, la fe y el amor a Dios, a Cristo y a su Iglesia deben manifestarse en obras; así lo enseñó Jesús (Mt 7, 21) y Santiago (2, 14 ss.). La fe enseña que el hombre es imagen y semejanza de Dios y, por lo tanto, revela toda la profundidad de su valor trascendente y su inmensa dignidad. En consecuencia, cuando se atropellan sus derechos, cuando se cometen "flagrantes injusticias", cuando se le tortura, se le secuestra o se viola su derecho a la vida "se comete un crimen y una gravísima ofensa a Dios; entonces Cristo vuelve a recorrer el camino de la pasión y sufre los horrores de la crucifixión en el desvalido y oprimido" (ib., 5, 7). El Papa, durante su catequesis sobre la fe y también en otras oportunidades (**Discurso a los delegados**, Honduras; **Discurso jóvenes**, Costa Rica; **Discurso educadores**, Nicaragua), enfatizó la unidad entre fe y obras. El cristiano es "una síntesis exigente" de fe y vida personal, negando todo dualismo. Exhortó a partir de la fe con lucidez y valentía para poner en práctica la caridad. La fe debe necesariamente de llevar a la justicia y a la paz, "no más divorcio entre fe y vida" (**Homilía**, 6, 7, 8, Guatemala).

En la fe, así entendida y vivida, radica la identidad cristiana que tanto defendió Juan Pablo II en sus mensajes. Desde esa clara identidad de hijos de Dios y de la Iglesia, sin dejarse ofuscar nunca ni recurrir a otras "ideologías" opuestas a ella, el cristiano debe orientarse para dar con el camino concreto hacia la solución de tantos problemas sociales (ib., 7). Ahora bien, el rechazo de las otras "ideologías" (el marxismo), no significa, de ninguna manera, pactar con la injusticia y la violencia, sino que, el cristiano, en-

cuanto tal, está comprometido con la vida de sus hermanos más necesitados. En este sentido, debe colaborar con todo auténtico crecimiento en justicia y paz, pues en el centro del mensaje evangélico se encuentra el compromiso con los más necesitados (**Discurso educadores**, 6, Nicaragua).

El sí a la vida tiene su origen en Dios creador del hombre y la mujer a imagen y semejanza suya. Así como Dios entregó al hombre y a la mujer la fuente de la vida, los llamó igualmente a continuar su obra creadora conservando y aumentando la vida misma. Por vocación humana y divina, el hombre está llamado a dar y aumentar la vida, nunca a destruirla, "El sí del Creador, asumido por los hijos de Dios en un sí al hombre. Nace de la fe en el proyecto original de Dios" (**Homilía**, 8, Panamá). Este sí a la vida en el origen lleva a un sí a la creación y a la humanidad entera, es la expresión cristiana más radical del deseo de fecundidad inscrito por Dios en la pareja humana, dentro de su unión exclusiva y estable (ib.).



Dentro del plan original de Dios no entra la enemistad entre los hombres, que uno sea lobo para el otro, sino la hermandad. "El designio de Dios no revela la dialéctica del enfrentamiento, sino la del amor que todo lo hace nuevo" (**Homilía, 2, El Salvador**). Por eso, el cristiano cree en la vida y en el amor; dirá sí a cualquier forma de vida amenazada (**Homilía, 8, Panamá**). Esta es la raíz de la dignidad única de la persona humana; una dignidad que es necesario defender contra las amenazas que, sobre todo, actualmente, acechan con destruir al hombre en su ser físico y moral, individual y colectivamente (**Mensaje universitarios, 6, Guatemala**). Según el Papa, éste ha de ser el mejor incentivo para respetar y hacer respetar los derechos fundamentales de la persona humana. Por eso, la Iglesia se levanta como defensora del hombre (**Alocución obispos, 7, Costa Rica**). Conviene insistir, por algunas tendencias que pretenden deshistorizar las palabras del Papa que, el sí a la vida es concreto y global al ser un sí rotundo a Jesucristo, la Iglesia, la fe, el compromiso con la dignidad humana, la libertad, los derechos humanos, la justicia, el amor, la paz, la solidaridad y la construcción de una sociedad mejor y se opone radicalmente, en nombre de Dios, al egoísmo, la injusticia, el placer sin moral, la desesperanza, la violencia, el odio, el ateísmo, la irresponsabilidad y la mediocridad (Ver **Discurso jóvenes, 7, Costa Rica**).

El Papa advirtió que ningún cristiano debía tener miedo a vivir y proclamar el mensaje de Cristo como clave y sentido radical de toda experiencia humana, pues siempre el auténtico cristiano ha de saber elegir bien las opciones prácticas que están de acuerdo con su fe, aun con el riesgo de convertirse en signo de contradicción (Ver **Discurso educadores, 4, Nicaragua y Homilía, 8, Panamá**). Aunque aquí se refiere a las prácticas no católicas respecto a la concepción de la vida, lo mismo puede decirse y quizás con mucha mayor razón de toda vida ya plenamente desarrollada. En Quezaltenango, respondiendo a la situación de persecución de que son víctimas los indígenas por practicar la fe, rogó encarecidamente que nadie pretendiera confundir "nunca más" evangelización con subversión y que los ministros del culto pudieran ejercer su misión con seguridad y libertad (**Discurso indígenas, 4, Guatemala**).

### 3. Predicando a Cristo crucificado

Durante su visita, Juan Pablo II quiso seguir a Pablo anunciando a un Cristo crucificado, cuyo rostro dolorido vio en las mayorías centroamericanas, víctimas de la guerra y las injusticias (**Despedida, Guatemala**). Pero también a un Cristo resucitado en quien se apoya la esperanza y en quien tendremos vida en plenitud (**Alocución obispos, 1, Costa Rica**). En efecto, en El Salvador, donde más se ha experimentado el peso insoportable de la guerra, Juan Pablo II proclamó que Dios se había acercado en Jesús crucificado. "¡Cuántos hogares destruidos! ¡Cuántos refugiados, exiliados y desplazados! ¡Cuántos niños huérfanos!" (**Homilía, 3, El Salvador**). En la cruz de la historia se experimenta el dolor y la muerte, el abandono de Dios; pero también de ella nace la esperanza de vivir como hijos del mismo Padre. Esto únicamente será realidad si la sangre derramada, comenzando por la de Jesús, penetra y purifica las estructuras sociales y los corazones de los hombres cargados de odio y violencias.

Aparentemente Juan Pablo II enfatizó más el cambio de actitudes, atendiendo preferentemente a la dimensión personal. En esta línea pidió constantemente la conversión al amor de Cristo en orden a distinguir entre lo procedente de Dios y lo procedente de las pasiones humanas, en especial el odio. El hombre, dijo en San Salvador, lleva el odio a un nivel tal que lo confunde con la nobleza de una causa y llega incluso a identificarlo con un acto restaurador del amor (ib.). El amor redentor de Cristo, añadió enseguida, no permite encerrarse en "la prisión del egoísmo, que se niega al auténtico diálogo, desconoce los derechos de los demás y los clasifica en la categoría de enemigos que hay que combatir" (ib., 4). Así, pues, partiendo de una visión individualista de la relación con Jesús, no por ello abstracta, el Papa llega ineludiblemente a la realidad de la guerra y a la urgente necesidad del diálogo y del respeto a los derechos humanos. Cuando el Papa habla de diálogo piensa en los millares de rostros salvadoreños angustiados, cansados y adoloridos por causa de una guerra cruel e interminable (ib.). Es el rostro mismo de Cristo que continúa sufriendo por causa de la injusticia. El responsable es el mal de la división,

**¿Cómo podría un padre y hermano en la fe permanecer insensible ante las penas de sus hijos?**

## Es el dolor de los pueblos que vengo a compartir, a tratar de comprender más de cerca, para dejar una palabra de aliento y esperanza, fundada en un necesario cambio de actitudes.

que tanto preocupa al Papa, ella "ha sembrado el mundo de sepulcros, con las guerras, con esa terrible espiral de odio que arrasa, aniquila en forma tétrica e insensata" (ib., 3). Quién tiene fe en Jesús debe creer, sin embargo, en el triunfo de la vida sobre la muerte, es decir, en la realidad de la reconciliación al pie de la cruz de Jesús, desde ella "nos urge a respetar y amar a cada hombre como hermano nuestro; si sabemos renunciar a prácticas de ciego egoísmo, si aprendemos a ser más solidarios, si se aplican con rigor las normas de justicia social que proclama la Iglesia, si se abre paso en los responsables de los pueblos a un creciente sentido de justicia distributiva de las cargas y deberes entre los diversos sectores de la sociedad; y si cada pueblo pudiera afrontar sus problemas, en un clima de diálogo sincero, sin interferencias ajenas" (Saludo, 3, Costa Rica).

Dando él mismo el ejemplo parafraseó el texto de Isaías 61, 1-9 delante de miles de indígenas en Quezaltenango, a quienes anunció la siguiente buena noticia: Cristo es el único capaz de romper las cadenas del pecado y sus consecuencias esclavizantes. Es la luz para hallar una situación cada vez más digna; él consuela, apoya y enseña a ayudarnos unos a otros para poder ser los primeros artífices de nuestra propia elevación (Discurso indígenas, 2, Guatemala). Por Cristo, continuó el Papa su catequesis sobre cómo debía darse la reconciliación ante el desprecio generalizado que sufre el indígena de parte del ladino, todos aceptamos que "sois raza bendecida por Dios; que todos los hombres tenemos la misma dignidad y valor ante él; que todos somos hijos del Padre que está en el cielo; que nadie debe despreciar o maltratar a otro hombre, porque Dios le castigará; que todos debemos ayudar al otro, en primer lugar al más abandonado" (Ib.).

El Papa propuso a Jesús crucificado como norma última de vida para los creyentes. Su muerte fue entrega amorosa radical a todos los hombres. Por tanto, el creyente está obligado a seguir el camino que pasa por la cruz. En esta catequesis el Papa recordó que la Eucaristía es el sacramento de la entrega y el amor. En seguida pasó a explicar el significado de este misterio. El evangelista Juan prefirió relatar el lavatorio de los pies a la institución de la Eucaristía, tal como lo hicieron los sinópticos y Pablo, porque desea-

ba enseñar que todos debemos lavarnos los pies unos a otros, siguiendo el ejemplo de Jesús, "el supremo maestro". Después de recordar la doctrina tradicional sobre la Eucaristía, enfatizando su estrecha vinculación con la fiesta de la pascua judía y "el paso" de Jesús al Padre, su dimensión sacrificial, su carácter alimenticio y cultural, la presencia real y la presencia de Dios en medio de los hombres, indicó que quien participa de ella está llamado a seguir a Jesús en su entrega libre hasta la muerte por los demás y en especial por los pobres. En la misma línea puso de relieve el lema del Congreso Eucarístico que clausuró en Puerto Príncipe, "es necesario que algo cambie aquí". En la Eucaristía se encuentra la inspiración y la fuerza para el compromiso en el proceso de cambio o conversión al Padre y a los hermanos (Homilia, 2, 3, 4, Haití).

"Sí", insistió el Papa, "el hecho de ser miembros del Cuerpo de Cristo y de participar del banquete eucarístico os compromete a promover estos cambios. Este es nuestro modo de lavarnos los pies los unos a los otros, siguiendo el ejemplo de Cristo" (ib., 4).

Aquí se encuentra también el principio de unidad de la Iglesia, en la Eucaristía, pero entendida en esta doble dimensión, divina y humana, "...es la Iglesia, la Iglesia toda entera... la que debe comprometerse a fondo para el bien de los hermanos y hermanas, de todos, pero principalmente de los más necesitados" (ib.).

Jesús es también maestro de la verdad y en esto el discípulo está asimismo obligado a seguirlo dando testimonio de la verdad, como Jesús ante Pilatos, el representante del imperio romano (Discurso delegados, 2, Honduras). El amor apasionado a la verdad (discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, lo moral de lo inmoral, lo que eleva y lo que manipula) proporciona un sentido unitario de las cosas, una aproximación global a la realidad y propone valores para la vida personal (Ver Discurso educadores, 3, Nicaragua). Por eso, cualquier verdad será siempre participación de la única verdad y su comunicación implica participación en la misión de Jesús (ib., 4). El cristiano siempre debe colaborar a dar testimonio de la verdad, aunque sus compañeros no profesen la misma fe, tal como podría ser el caso de los cristianos presentes acti-

vamente en el proceso revolucionario nicaragüense. La unidad se da en la misión de buscar y proclamar la verdad sobre el hombre. En su mensaje al mundo universitario, sabiendo que se dirigía a universidades laicas o aconfesionales, pidió a todas ellas unirse a la Iglesia en la defensa de la verdad sobre el hombre (**Mensaje a universitarios**, 6, Guatemala). Se trata de defender al hombre, en sí mismo, sin subterfugios, "sin otro pretexto y por la sola razón de que el hombre posee una dignidad única y merece ser estimado en sí mismo" (ib.). En esta misión el Papa considera a la universidad, por vocación una institución desinteresada y libre, como una de las pocas instituciones de la sociedad moderna que puede unirse a la Iglesia en esta tarea (ib., 6 y 7).

Citando a *Gaudium et spes* (57) proclamó el mismo principio ante los indígenas al presentarles el mensaje de Cristo encarnado en la cultura maya. Una cultura que merece el máximo respeto y simpatía por ser una riqueza de los pueblos y un medio eficaz para transmitir la fe, pues en ella también se encuentra esparcida la semilla del Verbo de Dios, que desde el principio está en el mundo como luz verdadera para iluminar a los hombres (**Discurso indígenas**, 3, Guatemala). La Palabra de Dios tendrá poder para salvar eficazmente cuando todas las fuerzas interesadas en la verdad se unan alrededor de esta misión.

Este compromiso con Cristo se lo pidió a los jóvenes en San José. Ahí les advirtió que no era suficiente contemplar los males sociales, lamentarse pasivamente, pues así no aportaban ninguna solución. Más bien significaba declararse impotentes o vencidos ante el mal y dejarse llevar por la desesperanza (**Discurso jóvenes**, 2, Costa Rica). Cristo exige un compromiso personal para destruir el pecado y construir una sociedad nueva, donde se cultiven los valores morales que Dios desea ver en el corazón del hombre y en su vida. "Cristo invita a llevar en espíritu y en acciones la esencia del Evangelio, el amor a Dios y el amor al hombre" (ib.). Este compromiso en favor del hombre no es fácil, es una tarea muy exigente para la cual se necesita una motivación profunda, Cristo, el único capaz de superar el cansancio y el escepticismo; pero es una tarea que llena de sentido una vida. Vale la pena comprometerse con Cristo "porque ese hombre no es el pobre ser que vive, sufre, goza, es explotado y acaba su vida con la muerte; sino un ser imagen de Dios, llamado a la amistad eterna. Un ser que Dios ama" (ib. 3). O como dijo a los

obispos centroamericanos "la gloria de Dios es el hombre viviente, que tiene su vida en la visión de Dios" (**Alocución obispos**, 8, Costa Rica). Vale la pena sufrir, propuso el Papa a los jóvenes, para atenuar el sufrimiento de los demás, como Jesús, el camino y la meta.

El Jesús predicado por Juan Pablo II no es un Cristo triunfante, sino un Jesús que muere constante y repetidamente en miles de centroamericanos víctimas del pecado personal y social, traducido en guerra e injusticia, pero que abre una esperanza al dar testimonio de la verdad. El Papa mostró una preferencia especial por la dimensión magisterial del ministerio de Jesús, con frecuencia lo llamó simplemente "maestro" en sus discursos. Pero un maestro que enseña desde la compasión por la multitud, al igual que Jesús (**Homilía**, 3, Guatemala). Juan Pablo II clamó en San Salvador por esas mayorías centroamericanas a las cuales contempló como un inmenso mar "con todo derecho, **sedientos de paz**. Surge de vuestros pechos y gargantas un clamor de esperanza. ¡Queremos paz!" (**Homilía**, 8, El Salvador). Este fue el grito insistente y perturbador que salió irreverente desde la Plaza 19 de Julio en Managua.

#### 4. Por la conversión a la civilización del amor

Si no se da la conversión en Centroamérica todos sus habitantes pereceremos, profetizó Juan Pablo II, en San Salvador (ib., 5). El llamado a la conversión es tanto personal como social; ambas dimensiones se exigen mutuamente. Reducir la conversión a la dimensión personal, intimista no está de acuerdo con la doctrina pontificia. El Papa pidió la conversión de los corazones, pero también su traducción histórica en la vida social. Lo mismo que la fe cristiana, la conversión personal debe llevar necesariamente al cambio social. Si existe fe en Cristo, dijo en Puerto Príncipe, "es preciso que las cosas cambien". Ni siquiera la oración puede estar privada de la transformación del corazón, de su conversión. Este fue el meollo de la predicación de Jesús y todos estamos necesitados de ella (**Homilía**, 4, Belice).

La Iglesia no acusa simplemente a un sistema determinado, ni hace un análisis de clase contraponiendo una ideología a otra. Ella se dirige a los corazones, en especial a la capacidad de cambio de todos los hombres. "El modo de acabar con la violencia de la oposición de clases no es ignorar las injusticias, sino corregirlas, como

la Iglesia reclama insistentemente en su enseñanza social” (**Mensaje obreros**, 3, Honduras).

La conversión es el camino para alcanzar la paz, no una paz artificiosa que ignora los mecanismos desgastados y oculte los problemas reales, sino una paz en la verdad y en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana (**Homilía**, 6, El Salvador). El nuevo nombre de la paz, exigida indeclinablemente por la fe, es el desarrollo, entendido como supresión de lacras sociales e implantación de la armonía social (**Homilía**, 7, Guatemala). Conversión quiere decir que el rico, despreocupado e injusto, complacido en la posesión egoísta de sus bienes se vuelva a Cristo crucificado y a sus hermanos, que cese el recurso al terrorismo, que no haya más rencores ni odios, que se superen los conflictos, que se cambie el lenguaje de las armas por el amor al enemigo (**Homilía**, 5, El Salvador). Es urgente, insistió Juan Pablo II, sepultar la violencia con la verdadera conversión a Jesucristo a través de la reconciliación de los hermanos separados política, social, económica e ideológicamente (ib., 7). Para acabar con la guerra propuso como mecanismo concreto el diálogo, sin excluir a nadie, y como esfuerzo sincero para responder con la búsqueda de acuerdos a la angustia y al cansancio de quienes anhelan la paz.

El perdón de Cristo despunta como una nueva alborada, como un nuevo amanecer en una nueva tierra, en la cual desaparece la opresión y el odio, dejando el lugar a los sentimientos cristianos del amor, la justicia y la paz (ib., 4). El amor de Dios no desahucia al pecador, es éste, por causa de su endurecimiento, acosado por la lucha sin cuartel, quien se reviste de determinismo y fatalismo creyendo que nadie es capaz de conversión (ib.). El hombre se obstina, pero Dios lo ama y quiere salvarlo; sin embargo, al final, dará a cada uno según sus obras (**Homilía**, 3, Guatemala). Si se acepta a Cristo deben realizarse las obras de Cristo, tratándonos como hermanos y marchando unidos por los caminos del Evangelio (ib., 8).

El cambio y la conversión son posibles si se confía en el hombre, en la bondad humana capaz siempre de reaccionar con misericordia, perdonando y amando al enemigo. En San Salvador, el Papa urgió, sin embargo, acelerar el proceso de conversión, pasando de la desconfianza y agresividad al respeto y la concordia, antes de que la catástrofe humana sea mayor (**Homilía**, 5, El Salvador). Su estancia en San Salvador y en el

resto de Centroamérica quiso ser una llamada a la reconciliación. Su deseo más grande fue abrir en los corazones “esos anhelados brotes de perdón mutuos, de comprensión y de concordia que vuelvan a encender la esperanza cristiana” (**Despedida**, El Salvador).

La reconciliación tiene su fundamento en la justicia, precisamente por “la profunda necesidad de justicia, de una mejor distribución de los bienes, de una organización más equitativa de la sociedad” (**Homilía**, 4, Haití). Cuando habló de la necesidad de cambio, indicó igualmente la necesidad de que los pobres recuperasen la esperanza. Al respecto, dijo, la Iglesia tiene una misión profética inseparable de la religiosa y, por lo tanto, pidió libertad para realizarla. No se trata de acusar ni sólo de hacer tomar conciencia, sino de contribuir de manera positiva a “poner bien las cosas comprometiéndolas todas las conciencias, especialmente las conciencias de los responsables de los pueblos... a obrar en conformidad con el Evangelio y con la doctrina social de la Iglesia” (ib.). El Papa propuso la doctrina social de la Iglesia como la solución cristiana a los problemas centroamericanos, pues, en ella se encuentra “un valiente y generoso” esfuerzo en favor de la justicia de la que jamás se podrá prescindir (**Homilía**, 7, El Salvador).

Juan Pablo II quisiera ver comprometidas las conciencias de todos los creyentes y de todos los hombres de buena voluntad (Ver por ejemplo **Saludo**, El Salvador), pero especialmente las de los gobernantes, supuestamente católicos en su mayoría, en la construcción de lo que él llama la civilización del amor, “la única capaz de evitar que el hombre sea enemigo para el hombre” (**Mensaje universitarios**, 6, Guatemala). “A los responsables de los pueblos, sobre todo a los que sientan en su interior la llama de la fe cristiana, les invito encarecidamente a empeñarse con toda decisión en medidas eficaces y urgentes para que lleguen los recursos de la justicia a los sectores más desprotegidos de la sociedad. Y que sean éstos los primeros beneficiarios de apropiadas tutelas legales” (**Homilía**, 6, Guatemala). Esto mismo invitó a esperar de sus respectivos gobiernos a los trabajadores del campo (**Discurso Campesinos**, 5, Panamá), a los indígenas (**Discurso indígenas**, 4, Guatemala), y a los obreros en la seguridad de que los sectores dominantes entenderían que para salir al paso de cualquier extremismo y consolidar una auténtica paz, en la que supuestamente estarían empeñados, nada mejor que devolver la dignidad a quienes sufren la injusticia, el desprecio y la miseria (ib.).



La civilización del amor propuesta por el Papa como salida pacífica a la violencia y a la injusticia, desde su identidad de pastor universal, no sueña con la riqueza, ni con la sociedad de consumo, sino únicamente con extender a todos, sin excepción alguna, la dignidad de los hijos de Dios. "Y esto no es imposible si todas las fuerzas vivas del país se unen en un mismo afán, contando con la solidaridad internacional siempre deseable" (**Homilía**, 4, Haití). En este compromiso se manifiesta en toda su fuerza la acción responsable, la esperanza y el amor de los cristianos.

Esto supuesto, el cristiano inspirado en el sermón del monte, será un artesano de la paz y sólo entonces será llamado hijo de Dios. El amor a la patria lleva al cristiano a construir la paz y a la civilización del amor (Ver **Homilía**, 7, El Salvador y **Discurso educadores**, 5, Nicaragua). Para ello, Juan Pablo II propone la realización de un humanismo superior cuyo elemento clave es la concepción de la persona. La auténtica persona humana, considerada como apertura a los de-

más, crece, madura y se desarrolla en la medida en que sirve y se entrega generosamente (**Discurso jóvenes**, 4, Costa Rica). Los valores que caracterizan a esta persona para la civilización del amor son la conciencia de su propia dignidad, el sentido de responsabilidad, el espíritu de solidaridad, la disponibilidad hacia el bien común, el sentido de justicia, la honestidad y la rectitud (**Discurso educadores**, 4, Nicaragua).

##### 5. La Iglesia sacramento de unidad

El tema de la Iglesia fue uno de los más importantes y ciertamente el tema más elaborado durante la visita papal. Juan Pablo II dedicó mucho tiempo a insistir en la unidad de la Iglesia; sin temor a equivocarnos podríamos afirmar que éste fue el tema central de su discurso teológico. Su tesis central sostiene que la Iglesia debe mantenerse unida para contrarrestar las diversas formas de materialismo (el de la sociedad de consumo y el marxista) y para anunciar el verdadero mensaje evangélico según las normas y tradición

del magisterio, "libre de deformaciones debidas a cualquier ideología humana o programa político" (**Homilia**, 5 Nicaragua). Así entendido, el Evangelio conduce al espíritu de verdad y de libertad de los hijos de Dios, para que no se dejen ofuscar por propagandas antieducadoras o coyunturales y tengan a la Iglesia como guía única hacia la civilización del amor.

Jesucristo fundó la Iglesia sobre Pedro y sus sucesores a través de quienes la gobierna y vivifica constantemente. El es su único fundamento, supremo pastor y cabeza. La Iglesia, a su vez, es su obra en la cual se prolonga, se refleja y está presente en el mundo. Ella es su esposa a la cual se ha entregado en plenitud y a quien le dio la vida, "en el costado abierto de Jesús en la cruz... se ve el origen de la Iglesia, como Eva nace del costado de Adán" (**Homilia**, 2, Costa Rica).

Para los cristianos conscientes, aquellos que saben de qué espíritu son, la Iglesia es madre porque ella engendra para la vida eterna por el bautismo, lleva a la madurez de los hijos de Dios en el sacramento de la confirmación, alimenta con el cuerpo y sangre de Cristo, reconcilia con el Padre y consigo misma por la penitencia. Así, por medio de los sacramentos, la Iglesia coloca en el camino que conduce al Padre mediante Jesucristo. Ella acompaña con su magisterio, su predicación y la acción de sus ministros (ib., 3; ver también **Homilia**, 4, Guatemala). Pero además es madre porque, según la catequesis del Papa, la cultura y la civilización latinoamericanas vieron la luz y se han desarrollado bajo su presencia y acción. A la Iglesia se debería "la integración armoniosa" de la herencia de las tradiciones indígenas con las del Evangelio, dando paso así a una nueva familia (ib.). Matriz cultural del continente la llamó en Puerto Príncipe (**Alocución CELAM**, Haití; ver también el **Mensaje universitarios**, 3, 4, 5, 6, Guatemala).

El primer deber del cristiano para con la Iglesia es el amor, así como Jesucristo la amó y ama. Se trata del mismo amor del Padre por el mundo. Por eso, al Papa le molesta el que algunos cristianos miren a la Iglesia como si estuvieran fuera de ella, que la critiquen como si fueran extraños a ella, que tomen distancia como si su relación con Jesucristo fuera accidental y ella hubiera surgido como una mera consecuencia ocasional de su vida y muerte. Estas posturas son incomprensibles porque Cristo está vivo en la Iglesia, en su enseñanza y acción sacramental y por que la Iglesia es el misterio de Cristo confiado a los hombres (**Homilia**, 3, Costa Rica). En

Guatemala, añadió que, además, el cristiano debe amar a la Iglesia porque ella, con el esfuerzo de sus mejores hijos ha contribuido a forjar la personalidad y libertad centroamericana en la gesta independentista, pero pasando por alto el conflicto surgido entonces entre el obispo leal a la monarquía y una parte del clero a favor de la independencia y que casi todos esos "mejores hijos", fueron calificados de subversivos. También recordó, como un elemento más para amar a la Iglesia, su labor educativa y su presencia solidaria al lado de los centroamericanos en los buenos y en los malos tiempos (**Homilia**, 4, Guatemala).

En fin, el Papa invitó a amar a la Iglesia porque ella es camino para la santidad al llamar a practicar el bien y detestar el mal, a renunciar a todo vicio y corrupción, a hacer de Cristo camino, verdad y vida y a vivir más como hermanos que como adversarios (ib.).

En segundo lugar, el cristiano tiene para con la Iglesia el deber de la responsabilidad por ser su miembro e hijo. Todos estamos obligados a ofrecer nuestro aporte personal, respetando a los demás y desempeñando la propia función dentro de su unidad y estructura jerárquica. Nadie puede excluirse de la Iglesia, estableció el Papa, ni de su santidad, ni de su misión en el mundo ni de su culto (**Homilia**, 5, Costa Rica).

En tercer lugar, el cristiano tiene el deber de ocuparse no sólo de las cosas del espíritu, sino también de las realidades de este mundo y de la sociedad. Es decir, el cristiano tiene el deber de comprometerse con la eliminación de la injusticia, con el trabajo por la paz y la superación del odio y la violencia, de sentirse responsable de los pobres, de los enfermos, de los marginados, de los oprimidos, de los refugiados, de los exiliados, así como de tantos otros a quienes debe de llegar su solidaridad. En este sentido, el cristiano ha de ser modelo de organización social justa (ib. 4).

La mejor prueba de amor a la Iglesia es trabajar por construirla siendo fiel al bautismo, viviendo santamente, es decir, renunciando al pecado, llevando la cruz personal con Cristo, dando ejemplo, haciendo de la familia una verdadera Iglesia doméstica (unidos por el sacramento del matrimonio, dando ejemplo de unión estable, siendo fiel a los compromisos adquiridos de unidad, fidelidad, respeto absoluto a la vida desde su concepción, educando cristianamente a la prole), preocupándose por el prójimo, especialmente por los pobres y abandonados, empeñándose en

mejorar o cambiar aquello que obstaculiza o ahoga el verdadero desarrollo del hombre, ejerciendo fielmente los ministerios y servicios confiados por los obispos, entregándose generosamente al servicio de los demás. En una palabra, se hace Iglesia cuando se trabaja por ser santo, cumpliendo siempre y en todo la voluntad de Dios (ib., 6).

La nota de la Iglesia más destacada por el Papa fue, sin embargo, la unidad. Ninguna de las otras tres notas de la Iglesia (apostolicidad, santidad y catolicidad) se puso de relieve como aquélla. La unidad fue el gran tema de la homilía de Managua, la Iglesia ha de ser sacramento visible de unidad, de la unión de Dios con el hombre y de éstos entre sí y ha de estar en oposición visible a la división provocada por el pecado de soberbia, cuya consecuencia es la guerra y los conflictos de toda clase (Homilía, 2, Nicaragua).

De la misma forma que la reconciliación, la unidad no es resultado de artificios o componendas, de cálculos, de transacciones indebidas. No es la unidad lograda a costa de diluir la identidad. No es tampoco la simple asociación de mera convivencia. Se trata de la unidad en su forma más plena y perfecta, la unidad del Hijo con el Padre (Alocución obispos, 3, Costa Rica).

La unidad de la Iglesia posee profundas raíces cristológicas que el Papa encuentra en textos tomados de Juan. Según los textos citados, se prueba que la unión es la preocupación central de Cristo y el motivo central de su encarnación fue restablecer la unidad perdida. En sus sermones, después de la última cena, Jesús volvió con insistencia sobre el tema de la unión. Esa insistencia, explicó el Papa, es muy reveladora porque declara la profundidad e intensidad del pensamiento de Cristo sobre la unión de los discípulos. Por tanto, la unión de éstos no es algo marginal o indiferente de lo cual se pueda prescindir, es la voluntad de Cristo. Para esta eclesiología, el hecho de que Jesús pidiera a su Padre el don de la unión en este momento tan crucial de su vida, al prever la tragedia y el escándalo de la desunión de los cristianos antes de su muerte, prueba de modo manifiesto los peligros que amenazan la unidad (Homilía, 3, Belice). La Iglesia es sacramento de comunión porque ha sido reunida por el Señor resucitado (Alocución obispos, 3, Costa Rica). A propósito del verdadero ecumenismo, el Papa dijo también que la unión y la santidad de las Iglesias caminaban juntas. La unión depende de la santidad de vida (Homilía, 5, Belice).

La unidad de la Iglesia se cuestiona cuando se anteponen consideraciones terrenas, compromisos ideológicos inaceptables, opciones temporales e incluso concepciones de Iglesia que susplantan a la verdadera. Se debilita y dificulta el ejercicio de la misión eclesial cuando el cristiano prefiere cualquier otra doctrina o ideología a la enseñanza de los apóstoles y la Iglesia, cuando hace de esas doctrinas criterio de su vocación, cuando intenta reinterpretar según estas categorías la catequesis y la predicación, y cuando se instalan magisterios paralelos. Ningún cristiano y menos cualquier persona con título de especial consagración en la Iglesia puede romper la unidad eclesial, actuando al margen o contra la voluntad de los obispos, a quienes el Espíritu ha puesto para guiar la Iglesia (Homilía, 4, Nicaragua).

Estos principios son válidos en toda situación y en cualquier país. Aparentemente dirigiéndose a los problemas eclesiales nicaragüenses dijo más claro aún que, ningún proceso de desarrollo o elevación social, por evitar el término revolución, podía legítimamente comprometer la identidad y libertad religiosa de un pueblo, la dimensión trascendente de la persona y el carácter sagrado de la misión de la Iglesia y sus ministros (ib.).

El restablecimiento de la unión grava una gran responsabilidad en todos. Jesucristo murió por la unidad de los hijos de Dios dispersos y con su muerte y resurrección restableció la unidad que entregó a su Iglesia. El don más precioso, por ser el más frágil y amenazado. Por consiguiente, la unión no debe descartarse como imposible o innecesaria, ni tampoco ha de admitirse como mal necesario. Es su voluntad y el contenido de su oración, enfatizó el Papa (ib., 2; Homilía, 3, Belice).

La Iglesia como familia de Dios debe poseer la unidad y el orden. En ella ninguno tiene más derecho de ciudadanía que otro, porque todos somos uno en Cristo Jesús. La unidad se funda así en el mismo Señor y en la misma fe. A la unidad deben tender indeclinablemente todas las iglesias locales. Ella se construye y se conserva en la fe, en la Palabra revelada, en los sacramentos, en la obediencia a los obispos y al Papa, en el sentido de una vocación y responsabilidad común en el mundo (Homilía, 3, 4, Nicaragua). La unidad de la Iglesia significa y exige la superación radical de las tendencias disociativas, la revisión de la escala de valores y el sometimiento de las concepciones doctrinales y de los proyectos pastorales al magisterio de los obispos y el Papa (ib. 4).

## ¿Cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero crecimiento del hombre? No es posible aceptar que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz del mundo.

El Papa afirmó con energía que una Iglesia dividida no podría cumplir su misión de sacramento de unidad, en consecuencia, alertó sobre "lo absurdo y peligroso" de fundar al lado del obispo, por no decir en su contra, otra Iglesia concebida sólo como carismática y no institucional, nueva y no tradicional, en una palabra, lo que llamó una Iglesia popular (ib. 5).

La Eucaristía realiza la unidad de la Iglesia. En sí misma es signo y causa de unidad. "Es el pan que nos une en la Iglesia, que nos hace hermanos e hijos del mismo Padre" (Discurso campesinos, 7, Panamá). Pero para ello, la Eucaristía ha de ser celebrada por el obispo o el ministro legítimo, respetando su estructura litúrgica para no perder o pervertir su referencia eclesial y sin ponerla al servicio de las propias ideas o finalidades. "La Eucaristía que yo mismo, sucesor de Pedro y fundamento de unidad visible... presidido y en la que participan vuestros obispos", dijo en Managua cuando la confusión ya se había apoderado de la Plaza, al final de su homilía, "sirva de modelo y renovado impulso" (Homilía, 6, Nicaragua). El verdadero servicio pastoral a la grey de parte de los obispos, sacerdotes y religiosos es el servicio a la unidad. Para esto, los sacerdotes y religiosos deben estar siempre unidos a la persona y directrices de sus obispos y éstos últimos cercanos a aquéllos (ib., 6).

En este contexto de unidad colocó al verdadero ecumenismo (ib., 7), tema desarrollado en Belice y una de las prioridades de su pontificado (Homilía, 2, Belice). La colaboración y la búsqueda es lo que debe distinguir al ecumenismo. En consecuencia, pidió actuar y colaborar juntos para hacer realidad, con verdad y caridad, la unión en Cristo. Esa colaboración, sincera y fraterna, ha de darse en el servicio a los demás, el cual será señal cierta del auténtico seguimiento de Cristo (ib., 2 y 6). Al igual que las otras tareas eclesiales, el ecumenismo ha de entenderse y ponerse en práctica sólo por razones evangélicas, excluyendo objetivos meramente humanos o políticos de cualquier clase. Tampoco es compatible aguando el contenido de la fe de los apóstoles ni admitiendo indiscriminadamente a cualquiera en

la Eucaristía ni es compatible con el proselitismo agresivo no evangélico de las sectas recién llegadas (ib. 6).

La unidad de la Iglesia que con tanta insistencia predicó el Papa tiene como centro la misión de la misma Iglesia, predicar el Evangelio y contrarrestar el materialismo de la sociedad actual, defendiendo la dignidad del hombre, en especial la de los pobres. La unidad no parece ser un valor en sí misma, sino solamente alrededor de la misión que Jesús ha dejado a la Iglesia. La misión es la que impone y exige la unidad y en ella se encontrará la santidad. Los obispos como centros de esa unidad tienen, por consiguiente, el mismo presupuesto. Si bien la unidad es un don de Jesús a su Iglesia, queda claro que no es un don logrado, sino que ha de irse haciendo, al mismo tiempo que se hace la misión de anunciar la fe y defender al hombre, desde la opción preferencial por los pobres. Para que esto sea posible ha de tenerse en cuenta la necesidad de la conversión continua de todos a esta misión que procede del mismo Jesús crucificado.

### 6. María, la madre de los pobres

María, a quien Juan Pablo II tiene una especial devoción, está presente en todos sus discursos que por breves que sean, al final, siempre concluyen invocando a la Madre del Señor bajo las diversas advocaciones de cada uno de los países visitados. No se pasó por alto este detalle tan hondamente enraizado en la religiosidad popular. Se trata del misterio y el compromiso que encierra esta presencia de María en cada Iglesia centroamericana, dijo en Tegucigalpa, donde dedicó su homilía a desarrollar el tema de María (Homilía, 2, Honduras).

Enseguida, Juan Pablo II recordó la presencia de María al pie de la cruz y las últimas palabras de Jesús con las cuales la proclamó madre de todos los discípulos. "Tenemos la seguridad de que ella ha cumplido con fidelidad la palabra del Señor y ha aceptado amorosamente la tarea de ser madre de los seguidores de Jesús" (ib.); pues, ella, "la pobre del Señor", está cerca de los

más pobres, de los que más sufren, sosteniéndolos y confortándolos con su ejemplo (ib., 5). Como madre buena que ha sido, exigente precediendo en el ejemplo al realizar plenamente en su vida el Evangelio, señala a Jesús a quien hay que escuchar y seguir. Es decir, ella invita también a rechazar todo lo contrario al Evangelio "porque no se puede invocar a la Virgen como Madre despreciando o maltratando a sus hijos" (ib.).

Desde la conversión y el seguimiento de Jesús, María convoca a todos sus hijos, por encima de las diferencias que los separan, "a sentirse cobijados en un mismo hogar, reunidos en torno a la misma mesa de la Palabra y Eucaristía" (ib., 3). Por eso, María es ejemplo del amor sin fronteras y vínculo de comunión de los discípulos y hermanos de Jesús (ib., 4), tanto en el origen mismo de la Iglesia como en la primera predicación en América Latina (ib., 2).

María es camino en cuanto modelo de fiel perseverancia al Evangelio, de entrega apostólica, de vida comprometida con Dios y con los hombres, con los designios de salvación y con la fidelidad a su pueblo (ib., 6).

María es también la mujer nueva, "no se puede pensar María, mujer esposa y madre, sin advertir el influjo favorable que su figura femenina materna debe tener en el corazón de la mujer, en la promoción de su dignidad, en su participación activa en la sociedad y en la Iglesia" (ib., 4). Dios ha revelado en ella la ternura femenina, su rostro femenino, como gusta formularlo Leonardo Boff, y con ello su dignidad, "el esplendor de la mujer que toca así el vértice de lo humano en su belleza sobrenatural", en su sabiduría y entrega, en la colaboración activa y responsable en el misterio de la redención (ib.). Si cada mujer puede mirarse en María como en el espejo de su dignidad y vocación, cada cristiano tendría que ser capaz de reconocer en el rostro de cualquier mujer algo del misterio de aquella mujer nueva.

María es, pues, madre y figura de la mujer nueva que precede "con su luz al Pueblo de Dios peregrino en esta tierra, como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor" (ib., 6).

La devoción a María "es y debe ser liberadora", dijo Juan Pablo II. Su secreto está en escuchar y vivir la Palabra (Homilía, 5,

Honduras). La devoción mariana compromete a obrar como discípulos fieles; no puede ser una nueva forma de sumisión a los elementos del mundo, ni una nueva esclavitud, ni prácticas sincretistas, inspiradas en el miedo y la angustia frente a las fuerzas desconocidas. "Que nuestra devoción sea inteligente y activa, digna de aquellos y aquellas que han recibido en sus corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba!" (Homilía, 5, Haití). El mismo Papa dio ejemplo de esta devoción liberadora en la plegaria final con la que concluyó su homilía en el Santuario de Suyapa (Homilía, 6, Honduras).

El papa invitó al pueblo a levantar la cabeza y reconocer en María "la predilección de Dios por los humildes, por los hambrientos, por los que practican el amor" (Homilía, 5, Haití).

## 7. La misión del obispo latinoamericano

Juan Pablo II, al dirigirse a los obispos latinoamericanos en Haití, les recordó, en primer lugar, su enorme responsabilidad de ser los guías de casi la mitad de los católicos del mundo (Alocución CELAM, Haití). Los obispos están obligados a ser buenos pastores en orden a llevar a su pueblo a la salvación. "No somos técnicos ni políticos", dijo el Papa al episcopado centroamericano, "sino pastores". Y les insistió en que debían esmerarse en ser guías, en decir, "cuidar del rebaño de Dios que tenían a su cargo, mirar por él, no por obligación, sino de buena gana, como Dios quiere; tampoco por sacar dinero, sino con entusiasmo; no tiranizando a los que les han confiado, sino haciéndose modelos del rebaño" (1Pe 5, 2.3, citada por el Papa). Al igual que Jesús debían ser buenos pastores que "van siempre delante para mostrar el camino seguro, curar sus heridas y miserias, sus divisiones y caídas, y reconciliarlos en la unidad del Señor" (Alocución obispos, 2, Costa Rica).

El obispo latinoamericano, en cuanto pastor, debe ser maestro en la fe. El Papa cargó las conciencias de los obispos al insistirles en su responsabilidad de pastores de un pueblo con una fe profunda. El mismo dio gracias a Dios por la fe de los latinoamericanos, "que en muchos casos se vuelve exigente con todo derecho" (ib., 5). El obispo debe colocarse ante esa "muchedumbre

**No se puede invocar a la Virgen como Madre despreciando o maltratando a sus hijos.**



de pequeños que piden ansiosamente el pan de la Palabra, del conocimiento de Dios, del aliento espiritual, del pan de la Eucaristía" (**Alocución CELAM, 1, Haití**). Esa profunda fe popular, indicó el Papa, da paso a la existencia de un **sensus fidelium**, que "constituye una garantía y una muralla invulnerable a los ataques e insidias" (**Alocución obispos, 4, Costa Rica**). Ese pueblo fiel sabe discernir el Evangelio auténtico del falso o adulterado.

Esta tarea no es fácil, con lucidez y realismo, dijo Juan Pablo II, hay que enfrentar aun graves problemas que pesan sobre el pueblo latinoamericano: crónica y aguda escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, la cual repercute en ignorancia religiosa, superstición y sincretismo entre los más pobres; creciente indiferencia,

si no ateísmo, a causa del hodierno secularismo, específicamente en las grandes ciudades y en las capas más instruidas de la población; la amargura de muchos que a causa de una opción equivocada por los pobres, se sienten abandonados y desatendidos en sus aspiraciones y necesidades religiosas y el avance de las sectas protestantes (**Alocución CELAM, 1, Haití**). El obispo latinoamericano no puede dejar de examinar este amplio cuadro de exigencias pastorales, advirtió el Papa. Lo hará con temor, pero con la confianza puesta en Dios. Ser obispo hoy en Latinoamérica es "buscar, muchas veces aun a costa de altas dosis de tiempo, de salud, de talento, respuestas adecuadas a esa ansiosa búsqueda espiritual de todo un pueblo" para evitar que mendigue en otros sitios lo que sus pastores le niegan (ib., 2).

## **El sacerdote y los religiosos están llamados a hacer una opción preferencial por los pobres, pues no pueden ignorar la existencia de una pobreza radical allí donde Dios no vive en el corazón del hombre esclavizado por el poder, el placer, el dinero, la violencia.**

La acción pastoral del obispo latinoamericano debe girar alrededor de la convocación de numerosos y calificados jóvenes y a su cabal formación para el sacerdocio o la vida religiosa (la formación del clero debe orientarse como un servicio al pueblo en sus necesidades espirituales y materiales). Cuando un obispo suscita vocaciones realiza una acción profética, pues está adelantando el futuro de la Iglesia (ib., III). Debe procurar la activa inserción de los laicos en la Iglesia y su eficaz acción en la sociedad. Debe cuidar la catequesis, instrumento para educar en la fe a las nuevas generaciones y orientar su dinamismo social. También debe preocuparse de la pastoral familiar (Ver *Homilía*, Panamá). En esta tarea el obispo debe proponer la doctrina sin ambigüedades. Asimismo el Papa les pidió santificar al pueblo. No cesar de exhortar y convocar a sus sacerdotes, quienes tienen una misión cercana a la suya. Deben llamar a la conciencia de los religiosos para que aporten su "indispensable contribución" a la evangelización del pueblo (*Alocución CELAM*, 2, Haití).

La función episcopal de maestro en la fe conlleva también el deber de vigilar para que ésta no sea susplantada ni desarticulada, lo que sucede cuando criterios humanos reemplazan los contenidos auténticos o cuando se descuida su coherencia interna. Para evitar tales peligros el Papa propuso una adecuada cristología y eclesiología. La cristología destinada a alimentar a las comunidades debe hundir sus raíces en la fe de la Iglesia y en una fe personal que ofrece la propia existencia al Señor. La auténtica eclesiología se elabora sintiendo con la Iglesia, es decir, amándola (*Alocución obispos*, 4, Costa Rica). El Papa recomendó a los obispos realizar esta tarea de vigilancia con firmeza, pero con bondad, corrigiendo eventualmente las desviaciones doctrinales y morales que tanto daño y confusión causan al pueblo (*Homilía*, 4, Haití).

Para orientar la evangelización el Papa propuso seguir el documento de Puebla, inspirado en el Vaticano II y coherente con el Evangelio. En este sentido, pidió difundir y recuperar en su integridad el mensaje de Puebla, "sin interpretaciones deformadoras, ni reduccionismos deformantes, ni indebidas aplicaciones de unas partes

y eclipse de otras" (*Alocución CELAM*, III, Haití),

Para orientar la evangelización el Papa propuso seguir el documento de Puebla, inspirado en el Vaticano II y coherente con el Evangelio. En este sentido, pidió difundir y recuperar en su integridad el mensaje de Puebla, "sin interpretaciones deformadoras, ni reduccionismos deformantes, ni indebidas aplicaciones de unas partes y eclipse de otras" (*Alocución CELAM*, III, Haití).

La evangelización para ser completa y comprensible debe culminar en la práctica sacramental, principalmente la Eucaristía, centro de la vida sacramental (*Alocución obispos*, 4, Costa Rica). Esta misión del obispo latinoamericano "será su cruz..., pero constituirá también su más gratificante tarea, consagrar su tiempo, sus energías, sus dones de espíritu y de corazón, a construir —aun en medio de tribulaciones, carencias y dificultades— comunidades cristianas, pobres quizá en recursos humanos, pero ricas en fe y en una inagotable caridad" (*Alocución CELAM*, 2, Haití). Las comunidades cristianas, según Juan Pablo II, deben presidir en la caridad, promover el desarrollo humano integral, promover la justicia, beneficiar en todo a los más necesitados, crecer en comunión y participación, contar con laicos bien preparados y seguros para las tareas temporales de la justicia (ib., 3).

Ser obispo hoy en Latinoamérica es sentirse parte de un pueblo que en los últimos años ha conocido ciertamente notables progresos materiales, "pero que conoce todavía —y ésta es su contradicción radical— inmensas zonas de miseria, de analfabetismo, de enfermedad, de marginación. Un análisis sincero de la situación muestra cómo en su raíz se encuentran hirientes injusticias, explotación de unos por otros, falta grave de equidad en la distribución de las riquezas y de los bienes culturales", (ib., 3). A este problema se añade otro de igual gravedad, la violencia institucionalizada. Juan Pablo II invitó a los obispos a ser "paternalmente sensibles al sufrimiento de vuestros fieles e hijos más pobres y abandonados", por quienes deberán optar como padres y pastores. "Vuestra sensibilidad pastoral", añadió el Papa, "sugiere... que en

medio de las extensas masas de pobres que constituyen en gran parte vuestras Iglesias, los más pobres deben tener una preferencia en vuestro corazón de padres y en vuestra solicitud de pastores" (ib.). Pero, advirtió el Papa, sabiendo que esa opción no será ni pastoral ni cristiana si se inspira "en meros criterios políticos o ideológicos, si fuese exclusiva o excluyente, si engendrara sentimientos de odio o de lucha entre hermanos" (ib.).

"Las Iglesias de todo el mundo", continuó el Papa reconociendo públicamente el testimonio de la Iglesia latinoamericana, "os están agradecidas por el testimonio que dais de una opción que consiste en estar cerca de los más pobres, sin excluir a nadie, para enseñarles a superar lo que sea indigno del hombre. Para enseñarles a progresar, no para volverse ricos puramente, sino para ser más" (ib.).

El obispo es también principio de unidad. En medio de los conflictos, del "círculo vicioso de la muerte", del "drama de la violencia", el obispo ha de ser principio de comunión (ib., 4). Como maestros de la fe deben apuntar a la unidad. La evangelización debe considerarse como servicio a la unidad que hace posible la vida eclesial; de ahí su insistencia en la absoluta prioridad de la evangelización (**Alocución obispos**, 3, Costa Rica).

Continuando su reflexión sobre el tema de la unidad referido a la Iglesia, el Papa añadió que Cristo confió a los obispos "el importantísimo ministerio de la unidad" en sus iglesias locales. A ellos en comunión con el Papa y nunca sin él, toca promover la unidad (**Homilía**, 5, Nicaragua). Alrededor del obispo debe desarrollarse toda la vida eclesial local. La prueba de la unidad de la Iglesia es el respeto a las orientaciones pastorales de los obispos. Por un lado, la acción pastoral orgánica debe partir del obispo como poderosa garantía de unidad y, por el otro, es un deber que grava especialmente a los sacerdotes, religiosos y agentes de pastoral. El deber de construir y mantener la unidad se extiende además a todos los miembros de la Iglesia, vinculados por el bautismo a la obediencia al obispo y en fidelidad al sucesor de Pedro (ib.).

Si bien la unidad de la Iglesia en torno al obispo exige el acatamiento pronto y sincero de su enseñanza, el Papa estableció una serie de criterios sobre los cuales debe construirse esa unidad. La unidad debe crecer, aparte de lo señalado antes sobre la misión del obispo latinoamericano, en torno a las enseñanzas del Vaticano II, el

criterio más certero de renovación actualmente. Los sínodos de los obispos son otro valioso instrumento de rejuvenecimiento y de unidad. Lo mismo Puebla (**Alocución obispos**, 6, Costa Rica). Medellín no fue mencionado ni una sola vez en todo el viaje pontificio. La unidad debe surgir también luchando por abrir caminos de paz digna y justa, a la cual tiene derecho el pueblo centroamericano (ib., 7). El obispo y todo hombre de Iglesia, rechazando recurrir a métodos violentos y a ideologías reductoras del hombre, desde su clara identidad evangélica "se esforzará con todas sus energías por eliminar la opresión, la injusticia en sus diversas formas, tratando de ampliar los espacios de dignificación del hombre" (ib.).

Al tener confiado el ministerio de la reconciliación, el obispo jamás en sus palabras y gestos debe alargar divisiones ni agravar las rupturas existentes. Pero debe trabajar, en la medida de sus posibilidades, con sabiduría y paciencia, para que no se prolonguen por más tiempo las inaceptables condiciones actuales de lucha, desconfianza e inhumanidad. "Sí, preservad a toda costa la concordia entre vuestras naciones. Nada tan lamentable y alarmante como la mera amenaza de una guerra que arrasaría a los países en contienda y los convertiría en luctuoso escenario de intereses foráneos" (ib., 8; **Alocución CELAM**, 4, Haití).

Promoviendo y cultivando estos criterios el obispo hallará respeto y obediencia de parte del pueblo fiel, el cual sabrá descubrir "que a través de vuestro ministerio se acerca el mismo Cristo, a quien el obispo representa, es decir, hace presente, y en cuyo nombre y persona actúa" (**Alocución obispos**, 5, Costa Rica). Tal como lo dijo en Panamá, referido a las relaciones entre padres e hijos, la autoridad y la obediencia deben estar empapadas del amor de Cristo y orientadas a la realización de las personas (**Homilía**, 7, Panamá). Sin embargo, al interior de la jerarquía eclesiástica el Papa parece sostener la supremacía absoluta del obispo, suponemos que asumiendo siempre todo lo dicho antes sobre su misión; en efecto, el Papa indicó la existencia de casos en los cuales la unidad sólo es salvable renunciando a ideas, planes y compromisos, incluso buenos —"¡cuánto más cuando carecen de la necesaria referencia eclesial!"— por "el bien superior de la comunión con el obispo, con el Papa, con toda la Iglesia" (**Homilía**, 5, Nicaragua).

**Ser obispo hoy en latinoamérica es sentirse parte de un pueblo que en los últimos años ha conocido ciertamente notables progresos materiales, pero que conoce todavía —y ésta es su contradicción radical— inmensas zonas de miseria, de analfabetismo, de enfermedad, de marginación.**

## **8. Sacerdotes, religiosos y laicos**

Al dirigirse a los sacerdotes, Juan Pablo II dijo que venía como hermano y amigo, como testigo de los sufrimientos de Cristo a un presbiterio que había sufrido y seguía sufriendo. El mismo recuerdo hizo en su homilía en San Salvador, al recordar primero los sufrimientos del pueblo. En ella destacó la figura de Mons. Romero a quien llamó pastor celoso y venerado; lo definió como abanderado de la paz y enemigo de la violencia. "Al recordarlo pido que su memoria sea siempre respetada y que ningún interés ideológico pretenda instrumentalizar su sacrificio de Pastor entregado a su grey" (**Homilía**, 3, El Salvador). Parece que al haber experimentado la persecución el Papa sintió al clero y a los religiosos más cercanos a sí; les dijo que hubiera deseado saludarlos personalmente, llamarlos por su nombre, escuchar sus experiencias e incluso visitar el lugar donde cada uno desempeña su ministerio en medio del pueblo de Dios. En este contexto, les reiteró su afecto más profundo por ese testimonio de compromiso sacerdotal y religioso y animó a continuar siendo fieles en medio de las dificultades (**Alocución sacerdotes**, 1, El Salvador). En las tres ocasiones en las que se dirigió expresamente al clero y a los religiosos los llamó "el sector central", "la porción más preciosa", "las fuerzas vivas más preciosas e imprescindibles", de la Iglesia en una nación (**Alocución religiosas**, 1, Costa Rica; **Alocución religiosos**, 1, Guatemala).

Una primera preocupación del Papa en estas intervenciones ha sido recordar a unos y otros su identidad sacerdotal y su compromiso apostólico, cuyo modelo es Cristo. Para los sacerdotes, la gracia de su ministerio la describió como madurez humana y cristiana, espíritu de fortaleza, de caridad y de templanza. Ministros que actúan **in persona Christi**. La vida sacerdotal es servicio de amor; el sacerdote no vive para sí, sino para Jesús. Ello lo compromete a vivir como él, siendo esclavo en el servicio y dando su vida por el rescate de muchos. Debe ser igualmente testigo libre desprendiéndose de las cosas materiales. Los signos externos de su consagración serán su

sencillez, su pobreza y su afabilidad (**Alocución sacerdotes**, 7, El Salvador).

Al dirigirse exclusivamente a los religiosos resaltó su compromiso personal en el seguimiento de Cristo, regla suprema de la vida religiosa. Los religiosos son testigos de los valores y del compromiso por el Reino, pues al igual que los apóstoles lo han dejado todo (**Alocución religiosas**, 2, Costa Rica). Este compromiso lo lleva a ser especialistas en el Evangelio, identificados de modo vital con las palabras y acciones de Jesús. El distintivo de la vida religiosa ha de ser conservar la pureza del Evangelio, no sólo en los votos, sino sobre todo en la caridad perfecta hacia Dios y los pobres. La fidelidad al Evangelio asegura la vitalidad de la vida religiosa (**Alocución religiosos**, 2, Guatemala).

En virtud de esta identidad, la tarea prioritaria del sacerdote y del religioso, al igual que el obispo, es la evangelización del pueblo. Por eso, ninguno de ellos es un dirigente social, ni líder político, ni funcionario de un poder temporal, sino un testigo de la fe que enseña y guía al pueblo creyente. A todos les pidió el Papa evangelizar constantemente la religiosidad popular, respetando siempre las tradiciones, sin defraudar a los pobres del Señor hambrientos del Evangelio (alimento sólido de una fe católica segura e íntegra). Recordó de modo especial no olvidar la catequesis de los jóvenes, quienes, dijo, esperan el anuncio de un Cristo salvador y liberador, que cambia el corazón provocando una pacífica, pero decisiva revolución (**Alocución sacerdotes**, 4, El Salvador; **Alocución religiosos**, 7, Guatemala).

El religioso tiene una tarea imprescindible en Iglesias donde hay escasez crónica de vocaciones sacerdotales, la evangelización y la formación de las comunidades cristianas (ib., 6). Hablando a las religiosas destacó su presencia calificada como mensajeras y testigos del Evangelio, cuyo fundamento encuentra en la actitud del Maestro hacia las mujeres que lo siguieron, disfrutaron de su amistad y anunciaron la resurrección. La realidad, reconoció el Papa, ha llevado a la Iglesia a confiar a las religiosas el minis-

## La religiosa es la presencia misma del amor de Cristo, el rostro de la Iglesia, que resplandece entre los hombres por su amor traducido en bondad, ayuda, consuelo, liberación, esperanza.

terio de la Palabra la catequesis, la educación en la fe y la promoción cultural y humana (**Alocución religiosas**, 3, Costa Rica).

De modo especial, Juan Pablo II destacó su aporte "valiosísimo" para la Iglesia al hacerla presente con "un rostro auténticamente materno, con sensibilidad y cariño, con sabiduría y equilibrio" ahí donde era más necesaria (ib., 2). Con razón, reconoció el Papa, "los cristianos de estas tierras reclaman vuestra presencia insustituible" lo mismo junto al lecho del enfermo que en las más variadas obras propias de la creatividad religiosa (ib., 3). En este medio, les dijo, "sois la presencia misma del amor de Cristo, sois el rostro de la Iglesia, que resplandece entre los hombres por su amor traducido en bondad, ayuda, consuelo, liberación, esperanza" (ib.).

Por su carisma particular, específica manifestación del Evangelio en cada uno de los fundadores, el religioso es depositario y responsable de una experiencia del Espíritu. A él se debe, en definitiva, el haber suscitado esos carismas en los fundadores. Para encarnarlo en nuevos valores y situaciones inéditas, con la novedad evangélica propia del religioso, éste debe ser fiel al Espíritu Santo y permanecer, al mismo tiempo, en comunión eclesial (**Alocución religiosos**, 4, 2, Guatemala; **Alocución religiosas**, 5, 6, Costa Rica). El religioso se distingue por la fidelidad al carisma de su fundador. El pueblo lo reconoce por su vinculación a esos santos y espera de él una actuación coherente con la de su fundador. En el fundador se encuentra el modelo histórico de encarnación del Evangelio caracterizada por su presencia siempre próxima al pueblo y a sus sufrimientos (**Alocución religiosos**, 4, 5, Guatemala), sin caer en las tentaciones de lo político. Esta experiencia es más concreta y completa que cualquier ideología humana (ib., 6). Por eso mismo, ellos han dejado huella en la historia y han sembrado la verdad y la vida (ib., 5).

Por su parte, el laico es un colaborador en la evangelización. El obispo debe reconocer su fuerza en la Iglesia y en la sociedad y preocuparse de que reciban una formación adecuada, con la ayuda del clero y los religiosos (**Alocución CELAM**, III, Haití; **Alocución religiosos**, 6, Guatemala; **Alocución sacerdotes**, 5, El Salvador). El laico presta "un servicio insigne" si se asocia a

esta tarea eclesial, dijo el Papa (**Alocución obispos**, 3, Costa Rica). Esta delegación del obispo es conforme a la tradición eclesial, puesto que están bien dispuestos, preparados y conscientes de su responsabilidad. El Papa recomendó a los delegados de la Palabra ser coherentes consigo mismos y con el compromiso adquirido. Les pidió ocupar el sitio asignado dentro de la jerarquía de la Iglesia, sin pretender ocupar el puesto del sacerdote o del diácono. La evangelización sólo es plena, recordó, cuando el pueblo es convocado por su obispo y sacerdotes para celebrar la Eucaristía. Entonces y sólo entonces es verdadera y plenamente Iglesia. El ministerio de la Palabra debe orientarse exclusivamente a la Eucaristía por los ministros debidamente ordenados (**Discurso delegados**, 3, 5, Honduras).

La educación es otro campo de verdadero apostolado para el laico católico, pues desde el Evangelio contribuye al progreso socio-económico y cultural educando a las futuras generaciones con su palabra y ejemplo. En estas nuevas generaciones se juega el futuro de la Iglesia. La tarea educativa es connatural al laico por estar unida a sus responsabilidades conyugales y familiares (**Discurso educadores**, 1, 2, Nicaragua).

La segunda grave responsabilidad que Juan Pablo II puso en manos de los sacerdotes y los religiosos fue la de hacer posible la comunión y el diálogo. Es decir, el sacerdote es servidor de la comunión eclesial al congregar a la comunidad para vivir la Eucaristía; por eso, su lugar está ante todo en el altar, para predicar y celebrar los sacramentos. Debe estar disponible a los fieles y ser fácilmente identificable, incluso en su modo de vestir. Como hombre de diálogo tiene la arriesgada tarea de mediar entre las diversas tendencias, buscando soluciones justas a situaciones difíciles (**Alocución sacerdotes**, 5, El Salvador).

La opción del sacerdote resulta a veces dramática, pues siendo firme frente al error, no puede estar en contra de nadie, todos son hermanos o en los casos límites, enemigos a quienes debe amar. Debe abrazar a todos y dar la vida por todos, pues todos son igualmente hijos. Sin embargo, está llamado también a hacer una opción preferencial por los pobres, "no puede ignorar la existencia de una pobreza radical allí donde Dios no vive en el corazón del hombre esclavizado por

el poder, el placer, el dinero, la violencia" (ib., 6). En este sentido, el sacerdote es pregonero de la misericordia de Dios para todos y no sólo predicador de la justicia.

A los religiosos, en nombre del pueblo, les pidió estar cercanos a los pobres, ser sus guías espirituales y especialistas en la caridad de Cristo, trabajando por la justicia (**Alocución religiosos**, 6, 4, Guatemala; **Alocución religiosas**, 6, Costa Rica). Dirigiéndose de forma específica a las religiosas, el Papa les pidió abrazar también la causa de los pobres, haciéndose presentes donde Cristo sufre en los hermanos más necesitados, "llegad con vuestra generosidad donde sólo el amor de Cristo sabe intuir que falta una presencia amiga" (ib., 5). Desde esta cercanía al pueblo, de la cual ya han dado muestras loables, continuó el Papa, deben sembrar la paz y poner signos de reconciliación a través de la educación integral y la promoción de los auténticos valores humanos. La vida consagrada ha de ser un desafío a egoísmos y opresiones individuales y sociales de un modo eficaz.

En tercer lugar, Juan Pablo II exhortó a todos a mantenerse en unidad con los obispos, pues en la unidad está la fuerza de la Iglesia y la garantía de su peso moral en la sociedad. De las divisiones, advirtió, se aprovechan quienes instrumentalizan a la Iglesia. La unidad es así una posibilidad única para hacer presente y defender eficazmente la causa de los pobres (ib., 8).

A los religiosos les recordó que la vida religiosa es inconcebible al margen de los obispos. Aceptar los consejos evangélicos por el Reino de los cielos significa servir al Reino de Cristo que es la Iglesia. Por lo tanto, la vida religiosa dice vinculación directa a la Iglesia y sus obispos. Los carismas están al servicio de la comunión y unidad del cuerpo de Cristo. Ello excluye siempre cualquier tipo de apostolado o magisterio paralelo al de los obispos y obliga a trabajar por la unidad. Tal ha sido la característica de los fundadores, afirmó tajantemente el Papa (**Alocución religiosos**, 3, Guatemala). El religioso demostrará su amor a la Iglesia en el respeto y colaboración con su obispo respectivo (ib., 7). De la misma forma pidió a los religiosos colaborar con generosidad con el clero diocesano. A las religiosas les dijo que estaban vinculadas por su consagración al sucesor de Pedro en el afecto, la obediencia y la colaboración apostólica (**Alocución religiosas**, 2, 6, Costa Rica).

Simultáneamente, Juan Pablo II, citando a Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi* (69), reconoció también que los religiosos "no raras veces" están en las líneas de vanguardia de la Iglesia, afrontando los riesgos más grandes para su salud y su vida. En virtud de su consagración religiosa, escribió Pablo VI, son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por la originalidad y por una imaginación que suscita admiración. Su generosidad difícilmente encuentra fronteras (**Alocución religiosos**, 2, Guatemala).

Otra dimensión en la cual debe mostrarse la unidad de la vida religiosa es en la vida comunitaria. La unidad comunitaria realiza la comunión que asegura la presencia de Jesús en medio de los religiosos y garantiza su fecundidad apostólica. La unidad comprende además a todos los institutos religiosos, los cuales deben dar ejemplo de unidad entre sí al pueblo de Dios. Todos los carismas están inspirados por el mismo Espíritu, reflejando la unión del cuerpo místico de Cristo. La presencia de los institutos religiosos dentro de una Iglesia local proporciona a ésta una dimensión de universalidad particular, característica de las familias religiosas (ib., 1, Guatemala; **Alocución religiosas**, 6, Costa Rica).

Finalmente, el Papa se mostró muy preocupado por los peligros que amenazan la identidad eclesial de sacerdotes, religiosos y laicos. La misión, enfatizó cuantas veces tuvo oportunidad, debe llevarse a cabo sin perder la identidad eclesial. Al clero le dijo que valía la pena dar la vida por el Evangelio, pero sin mutilarlo, ni instrumentalizarlo ni haciendo opciones partidistas. En este caso, la entrega carecía de sentido (**Alocución sacerdotes**, 8, El Salvador). Una forma de evitar este peligro es la oración y la formación permanente que recomendó a todos por igual (ib.; **Alocución religiosos**, 5, Costa Rica). Expresamente repitió que debían evitar las tentaciones de carácter político (ib.), no dejarse engañar por las ideologías partidistas, ni sucumbir a opciones que puedan pedir el precio de la libertad (ib.). Otro medio eficaz para evitar estos peligros es la unidad con el obispo.

Lo mismo dijo a los delegados de la Palabra (**Discurso delegados**, 1, Honduras). Aquí añadió otros peligros como el demonio, la inconstancia y la debilidad ante las exigencias de la Palabra, la persecución por causa de la fe, las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y la concupiscencia (ib., 4).